

LA SUERTE DEL CORRESPONSAL EXTRANJERO

por Eduardo Haro

Hace medio siglo fui corresponsal español en el extranjero; **se discutía si el corresponsal debía pasar mucho tiempo en el país de destino o si paso debía ser breve**. Unos decían que la larga estancia le integraba, le permitía conocer todos los resortes de la información, interpretar los hechos según sus precedentes, adentrarse no sólo en el idioma sino en la historia, en la literatura, en la economía del país.

Pero otros opinaban que la larga estancia privaba al corresponsal de la sorpresa, de la apreciación inmediata de los contrastes y las diferencias con el país y con los lectores para quienes escribía. Hay que tener en cuenta que entonces los periódicos preferían enviar escritores de primer orden como corresponsales: Julio Camba, Jacinto Miquelarena, Luis Calvo, Eugenio Montes, César González Ruano, hasta Rubén Darío o Gómez Carillo. Y es que lo extranjero sorprendía al lector: el español viajaba muy poco y muy mal, y le gustaba que le contasen muy bien lo que no podía ver.

Se podía llegar a extremos como el de que un corresponsal publicara una bella crónica sobre el canto de los pájaros el mismo día en que se incendiaba el Reichstag

Las noticias llegaban por otro sitio: había un buen número de agencias (excepto en el tiempo de Franco, en que se limitaron a las oficiales que filtraban toda la información) y realmente un corresponsal solitario y no muy bien pagado no podía cubrir toda la información del país, ni encontrar más resortes que no fueran los de su supuesta clarividencia, su inteligencia y su posibilidad literaria. Se podía llegar a extremos como el de que un corresponsal de "Abc" en Berlín, no sé si Ruano o Montes, publicara una bella crónica sobre el canto de los pájaros al atardecer en la Unter-den-Linden el mismo día en que se incendiaba el Reichstag. Quizá el límite histórico de esa situación lo marcó el suicidio del buen escritor y fino humorista Jacinto Miquelarena en el Metro de París: se le encontró en el bolsillo una carta de su periódico reprendiéndole cruelmente por entregarse más a las aficiones literarias que a las informativas. Era un hombre mayor, y no encontraba posibilidades de reconversión: eran su prosa y precisamente su capacidad de sorpresa permanente las que podían darle un valor. Pero el tiempo había cambiado.

La capacidad de sorpresa no debe depender del tiempo que se pase en un país

La capacidad de sorpresa no debe depender del tiempo que se pase en un país. Hasta el propio sorprende siempre. Es más bien una virtud del periodismo —que es, naturalmente, uno de los géneros de la literatura—: ver cada hecho, político o criminal —y muchas veces coinciden—, sexual o literario, o cualquier movimiento de la sociedad, de una manera distinta, con una curiosidad que no depende de la geografía, como decía un famoso corresponsal húngaro en Londres, que mantenía que los extranjeros eran "ellos", los ingleses sobre los que contaba cosas.

Me gustaría volver. Nunca me he sentido extranjero en el país donde he trabajado, y siempre me encuentro sorprendido en el mío. "El peregrino en su patria" es un título de Lope de Vega... Ah, una cosa que deseé durante mucho tiempo era ser corresponsal extranjero en España, y comunicar a otros mi sorpresa por estar aquí, entre esta gente y sus raras historias, pero sin sentirme implicado por ellas. Vosotros tenéis esa suerte.